

Una escuela para abrir las alas

Fernando Sandoval Gutiérrez *

Inclusión y Equidad en los Foros de Consulta Nacional para la Revisión del Modelo Educativo

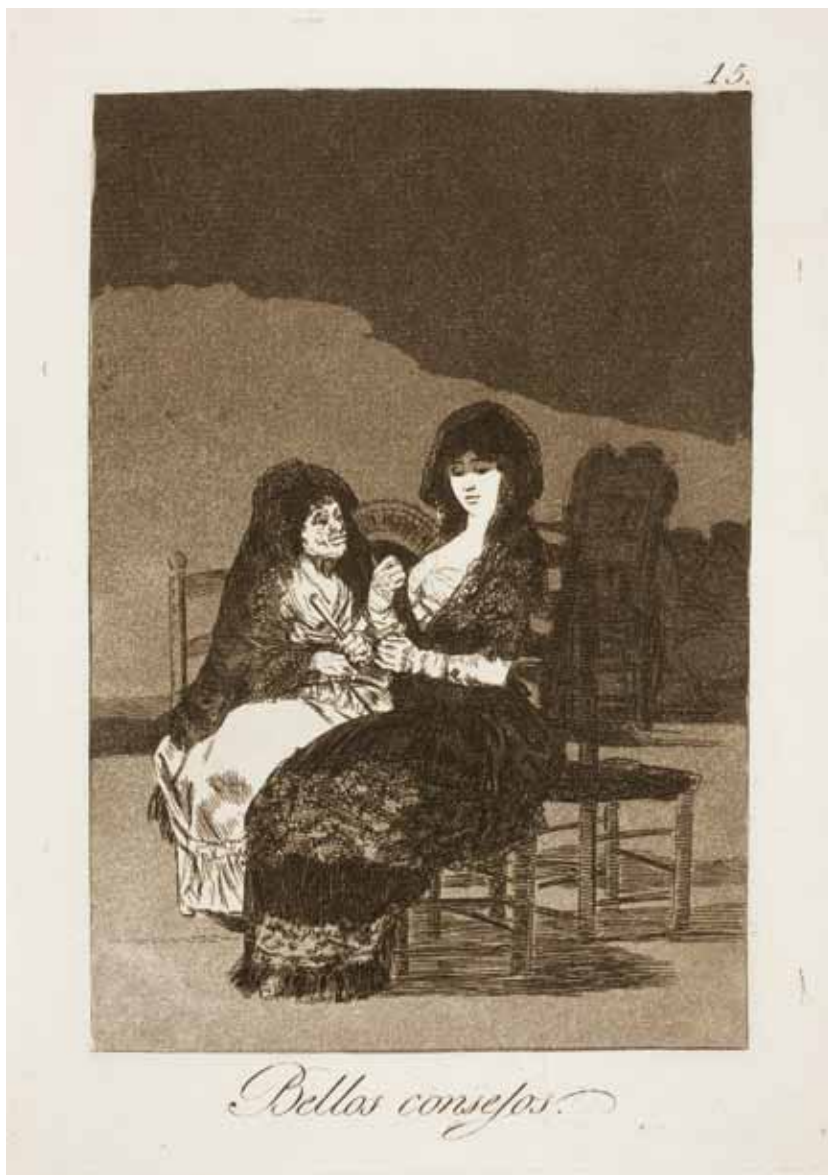
Este año la SEP convocó a participar en los Foros de consulta para la revisión del modelo educativo. Se trata de un esfuerzo interesante porque implica repensar la forma en que entendemos cómo deben ser educados los niños y los jóvenes en México. Trabajos como la consulta son, en primer término, ejercicios del soñar, y no por ello carecen de sentido: cada idea exitosa nació de un sueño, soñemos cómo debería ser la escuela pública en cuanto a la inclusión y la equidad.

Primero la inclusión. Cuando decimos *incluir* decimos implicar, invitar a los estudiantes a involucrarse en los procesos educativos. Primero que todos vayan a la escuela y que, ya estando ahí, todos metan su cuchara. Inclusión significa tomar de la mano al alumno y decirle, ¡ándele, véngase, vamos a aprender! Se espera que cada alumno, cada día, aprenda algo. Que cuando llegue a su casa y su mamá le pregunte: —hijo, ¿qué aprendiste hoy en la escuela?— el niño tenga algo que contestar. Es aquí donde adquiere una importancia muy grande la posibilidad de repensar el modelo educativo vigente, porque muchos niños, aun presentándose a diario en sus salones de clase, quedan excluidos de la posibilidad de aprender; muchos chicos ven frustrada su tendencia innata al aprendizaje, a la curiosidad y al descubrimiento; no aprenden lo que deberían y enfrentan muchos momentos de su experiencia escolarizada de manera automática y sin motivación: soportan la escuela, no la gozan.

Los maestros somos en parte responsables de que a veces la escuela no incluya. Nosotros somos quienes



Le descañona, Estampa 35 / Goya



Bellos consejas, Capricho 15 / Goya

enfrentamos los grupos de estudiantes. Ahí estamos rodeados de los chicos pero, al mismo tiempo, estamos solos. Ahí sin duda que nuestras acciones —o nuestras no acciones— incluyen o dejan fuera. Nuestra personalidad, formación profesional, estado de ánimo, opiniones con respecto a nuestros alumnos, entran en juego y definen la manera como trabajamos. Pero eso no es todo, hay más allá en las raíces de la exclusión.

Durante los procesos cotidianos de los docentes se mantienen, como agregados históricos del sistema educativo, inercias culturales e ideológicas que hacen complicada la integración. La principal es la propia concepción del sistema educativo como un modelo homogeneizante y normalizador. Este sistema está pensado y diseñado para unificar y regular. Las transgresiones a esa idea carecen de sentido. Los no incluidos son los que por alguna razón son diferentes: los chicos con dificultades para aprender, o los que aprenden demasiado rápido, o los que hablan alguna lengua indígena, o el niño con depresión, o el que se levanta a las cinco de la mañana porque a esa hora su mamá se va al trabajo.

El tema de la equidad es parecido: tiene que ver con que cada niño reciba un trato equitativo en su paso por la escuela. Esta necesidad no se pone en duda, pero sí su operatividad. Nuevamente sentimos en el zapato la piedrita de la diversidad: hay que tratar a todos los alumnos con la misma tasa de justicia y comprensión, pero ¡son tan diferentes! Y hasta aquí la crítica. Nuestras escuelas no están pensadas para incluir a la diversidad ni para ser justas (¡quién sabe qué será eso!), y es un poco culpa de los docentes, pero también del propio sistema, de las

autoridades educativas, de los papás. Todo claro, pero el que critica está obligado a proponer. ¿Cómo transformar este estado de cosas?

Para avanzar en la construcción de una escuela que incluya y que sea equitativa hay necesidad de que el nuevo modelo educativo contemple cambios pequeños y cambios profundos. Hablemos primero de éstos últimos. Para poder incluir, la escuela debe desarrollar competencias institucionales para la inclusión y la equidad a partir de una revolución profunda en sus significados más elementales. En la medida en la que la experiencia en la escuela se oriente hacia una vivencia amplia y flexible en la que el estudiante aprenda por su propia inercia natural y responda a un currículo general pero poco acotado, la escuela incluirá más y más. Se trata de entender la escuela no como un espacio de grados y grupos, sino como un espacio de exploración y construcción, la casa del ensayo y del error, la casa de la lectura, de ver películas interesantes, de trastear con la computadora, de hablar y reír, de ensuciarse las rodillas y las manos, y todo ello en solitario —los procesos cognitivos siempre lo son— pero al mismo tiempo en combinación con otros. Las escuelas son constructos sociales eminentemente gregarios: deben ser espacios óptimos para el aprendizaje de cuestiones sociales. Este cambio profundo en los significados más elementales de las escuelas mexicanas es en realidad la llave que debe incluir el nuevo modelo educativo: un cambio drástico en la manera de entender la escuela y sus alumnos. Hoy en día hablamos de niños y niñas con necesidades educativas especiales y específicas, o de niños indígenas, o de niños con altas capacidades. ¿No son todas éstas en el fondo simples etiquetas?,



Linda maestra!, Capricho 62 / Goya

Hoy ha cobrado importancia el tema de la presencia de los padres a partir de las cuotas; es obvio decir que el tema de la llamada “participación social” va muchísimo más allá, porque estamos hablando no de pagar o no pagar cien pesos al año, sino de cómo vamos a educar a nuestros hijos, ni más ni menos.

¿y los otros?, ¿los que son “normales”? ¿No podemos ofrecer a los alumnos una experiencia educativa suficientemente variada, rica, inteligente y bien planeada que no los separe por esas particularidades personales?, ¿por qué partir de si el niño tiene Trastorno de Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH) o no, o de si puede patear el balón en educación física? ¿Por qué no incluir con equidad a partir de su curiosidad o de su necesidad de aprender? En ese sentido sí que existe homogeneidad. No hay niño que no sea curioso o que no sienta el piquete por aprender: sólo hay niños vacunados contra ese piquete por malas experiencias en la propia escuela.

Los grandes cambios deben acompañarse de transformaciones menores. Una de ellas es el cambio en la participación de las familias en las escuelas. Hoy ha cobrado importancia el tema de la presencia de los padres a partir de las cuotas; es obvio decir que el tema de la llamada “participación social” va muchísimo más allá, porque estamos hablando no de pagar o no pagar cien pesos al año, sino de cómo vamos a educar a nuestros hijos, ni más ni menos. La escuela debe ampliar las fronteras de su propio paradigma para que las familias se involucren con cuotas o sin ellas en su devenir.

El nuevo modelo educativo demanda un cambio más: una transformación en la concepción unitaria del propio modelo. La experiencia en la escuela debe ser diversa porque el mundo es diverso. No se trata de generar experiencias educativas homogeneizantes, sino diversificantes. La aventura cognoscitiva es riquísima e increíblemente compleja, tal y como es la propia vida.

En este asunto como en muchos otros aspectos de la vida, el desafío es encontrar equilibrios: entre lo establecido y lo que debe venir, entre lo que normaliza y lo que diversifica. Encontrar equilibrios entre lo público y lo privado en el escenario intenso de las aulas. En la medida en que avancemos en esta búsqueda construiremos una escuela que incluya y que sea equitativa: una escuela para abrir las alas.

*Docente-investigador de la UACJ, campus Cuauhtémoc.

Fecha de recepción: 2014-06-02
Fecha de aceptación: 2014-06-05